

Antología

Los mejores terrores en relatos



NARRATIVA

M.A.R. Editor

300

Antología

*Los mejores terrores
en relatos*

narrativa

M.A.R. Editor

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De las respectivas obras: © Fernando Savater, María Zaragoza, Miguel Ángel de Rus, Eduardo Vaquerizo, Raúl Hernández Garrido, Rubén Serrano, Francisco José Segovia Ramos, José Luis Ordóñez, Jesús Yébenes Montemayor, Laura Garrido Barrera, José Luis Caramés Lage, Andrés Fornells, Abel Bri, Rosario Martínez, Francisco Javier Illán-Vivas, Francisco García Bausán, Thais Nadal, Eva María Cabellos, Irene Sanz Montero, José G. Cordoní, Elena Marqués, Álvaro Díaz Escobedo, Mar Cueto Aller, Joan Llensa, Javier Fernández Jiménez, Ainhoa Bârcena, Santiago Bergantinhos, Enrique Rajoy Feijóo, Lucía del Mar Pérez Pérez, Curro Esteves.

De las traducciones: © Vera Kukharava, M. A. de Rus y J. Luis García.

De la obra *Sangre para el vampiro muerto*, © Robert Leslie Bellem y de la traducción © Marta Lila Murillo, cedidos por la Editorial Valdemar.

De la edición: © M.A.R. Editor

Edición y prólogo de Miguel Ángel de Rus

Ilustración de portada © Zacarias da Mata-Fotolia.

Ilustraciones interiores: Harry Clarke

Diciembre de 2012

[http:// www.mareditor.com](http://www.mareditor.com)

ISBN: 978-84-939322-6-8

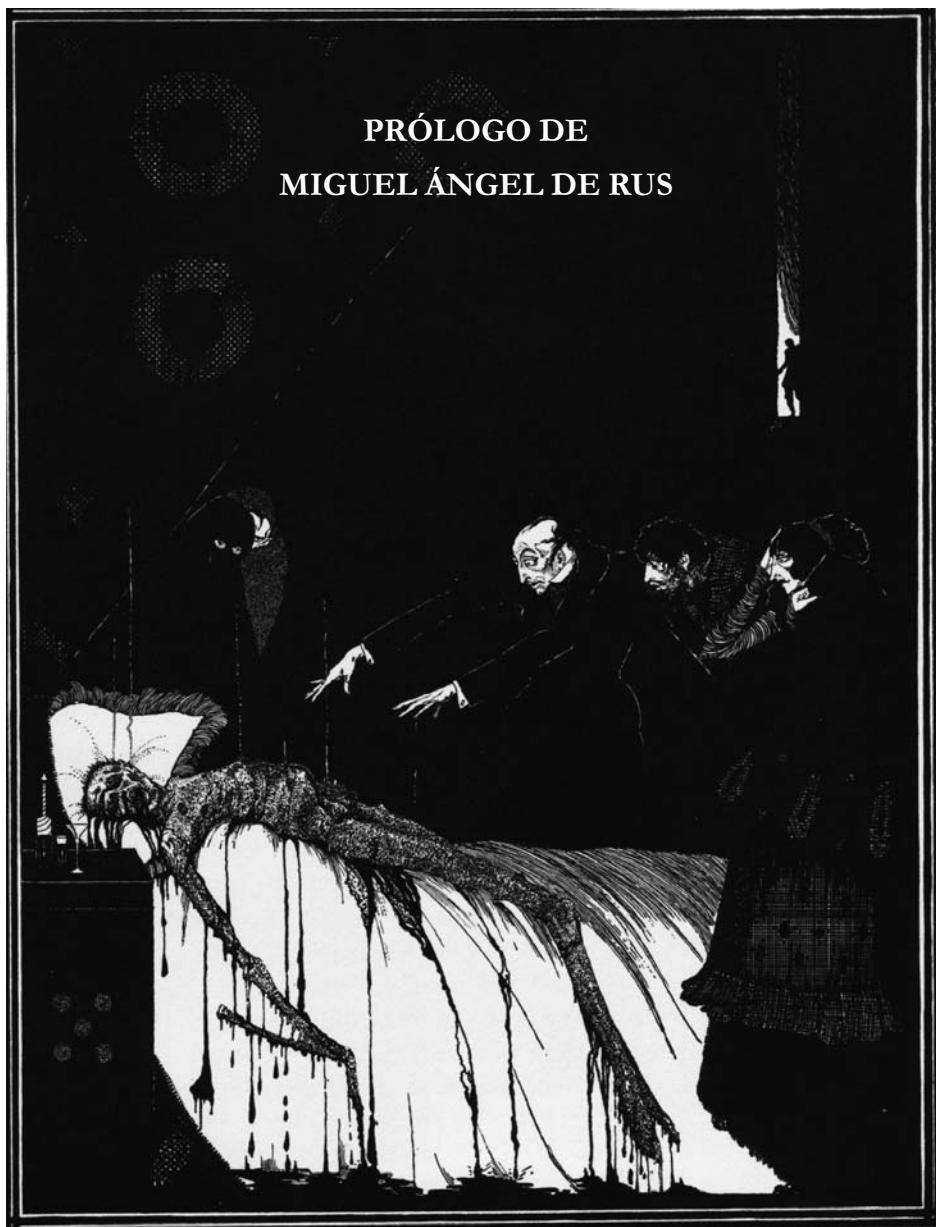
Depósito legal: M-36388-2012

Diseño de la colección: Absurda Fabula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

PRÓLOGO DE
MIGUEL ÁNGEL DE RUS



PRÓLOGO

El relato de terror, fantástico, gótico, o cualquier género cercano, nos devuelve a la adolescencia, a la primera madurez, a esos tiempos en los que éramos más ingenuos, en los que creíamos en el «bien» y por lo tanto en su contrario, el «mal». Para sentir miedo —o algún tipo de vibración especial en el alma— hay que mantener una mente joven, abierta a lo novedoso, olvidar la realidad y buscar en las ensoñaciones más lúgubres la otra cara de nuestro ser, esa otra cara que se nos oculta y nos ocultamos. Si se medita un instante, se constata que el terror y el amor parecen caras de la misma moneda, flores que sólo nacen de la ingenuidad, del olvido de la realidad, de la esperanza, de la sorpresa, de un alma henchida a pesar de lo cotidiano.

Resultan adorables esos vampiros que iluminaron nuestros años más jóvenes y que en el S.XXI, ante la crueldad de los Estados, de las mafias, de los poderosos, de la sangrante realidad, nos parecen deliciosamente entrañables. El vampiro que sale de su cripta a buscar su desayuno en glóbulos rojos resultaría hoy un buen amigo para nuestras hijas adolescentes, porque sin duda sería más caballeroso de lo que ellas jamás hubieran creído posible. El monstruo de Frankenstein no daría miedo, sino que sería un paria más buscando amor, cariño, amistad, algún sentimiento que nutriera su alma herida. Las apariciones fantasmagóricas, los muertos vivientes, las almas que vuelven a ajustar cuentas o a pedirnos explicaciones, son cosa del pasado, de ese tiempo en el que había creencias religiosas, esperanza en un más allá, en una justicia superior, en una vida eterna en las dulces praderas del cielo de cada uno. Y una vez que hemos llegado a la madurez y sabemos tantas cosas,

la melancolía se apodera de nosotros y añoramos los tiempos en que éramos ingenuos, teníamos miedo al infierno, al fantasma, al juicio final, aquellos tiempos en que creíamos que en un monte soriano podría encontrar la muerte un joven valiente o en un monte de Grecia existían dioses bellos y terribles. Los montes ya no guardan secretos, las nubes que en la mañana rodean sus cimas son sólo agua, por encima de esas nubes no hay nada. Y en esa terrible soledad e indefensión del ser humano, solo ante su realidad, solo ante el mundo, la imaginación, los sueños, la literatura, son un refugio en el que recuperar el calor perdido en una época que tiene como único sueño el dinero y los placeres cercanos.

Aquella deliciosa ingenuidad de los felices años 20 del pasado siglo, aquella dulce candidez decimonónica de los folletines en la prensa, de las páginas en la tarde a la luz de la vela, aquella ingenuidad que llevaba a los intelectuales, a los *dandys*, a morir en las guerras de sitios lejanos como Grecia o España por ideales, aquella ingenuidad... ¡Maldita sea! Queríamos vivir en el siglo de la razón, ser ciudadanos en un mundo construido con la lógica más sublime, pero no queríamos perder la fantasía, y nos la han robado con nuestra aquiescencia.

M.A.R. Editor pretende ser esa llama robada a los dioses que ilumina la cultura de occidente, ser la memoria y el presente, ser ese mundo que nos pretenden arrebatarnos. Por ello, hemos unido en este volumen dedicado a nuestros terrores a escritores decimonónicos, a clásicos del S.XX y a brillantes autores contemporáneos, que nos muestran todos nuestros miedos, los antiguos y los actuales, y pedimos al lector que sea nuestro cómplice, que vuelva a su primera juventud, a esa dorada inocencia, que —como dijo Machado— da en no creer en nada.

Los mejores terrores en relatos pretende que el alma herida se refugie en estas 420 páginas llenas de miedos que pueden parecernos incluso simpáticos, en terrores falsos, literarios, en viajes imposibles, seres irreales, en nuestros miedos de infancia, en la verdadera vida, esa que

intenta subsistir más allá de las modas de pensamiento, más allá de los gobiernos y las doctrinas.

Los autores que participamos en este libro deseamos, primordialmente, que seas nuestra pareja en el baile del terror, un baile con vestidos antiguos, máscaras, joyas delicadas, una gota de sangre recorriendo el cuello femenino mientras un vampiro noble y educado se lame los labios satisfechos. O que seas esa joven atrevida que, con un candelabro en la mano, abre la puerta de la vieja casa solariega, cubierta de telas de araña, para encontrarse detrás —como ya intuíamos— el monstruo terrible que hará vibrar la imaginación.

El miedo permitió a los seres humanos subsistir en los tiempos más oscuros. En la actualidad, en un mundo racional, ordenado hasta el hastío, parece innecesario, hasta que un día alguien enloquece y todo salta por los aires.

La amada muerta, la imposibilidad del reencuentro, el miedo a la masa humana, los personajes mas tradicionales del género, el terror psicológico, el paisaje tenebroso, las telas de araña, nuestro corazón bombeando salvaje, los cementerios y los aparecidos, todo ello y mucho más está en *Los mejores terrores en relatos*, un libro que no pretende ser el referente de ninguna corriente literaria, sino darte el placer del miedo y de lo irracional durante algunas horas, y si es posible, que al acabar su lectura ya no puedas volver a ver el mundo real del mismo modo, porque detrás de cada rostro gris y aburrido de tu entorno, comprenderás que se esconde una bestia repugnante dispuesta a acabar con tu felicidad. Y ya nunca podrás dejar de estar en guardia.

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

EL CEMENTERIO INGLÉS

Álvaro Díaz Escobedo



ÁLVARO DÍAZ ESCOBEDO

(Santander, España, 1937).

Publica novelas con seudónimo durante algunos años. En su segunda etapa como escritor se presentó con el libro de relatos eróticos *Esencia de mujer*. Posteriormente ganó el I Premio Incontinentes de Novela Erótica con *El mentalista*, y el V Premio Internacional Vivendia de Relato con *El mundo entero en una calle*, publicados en Ediciones Irreverentes. Acaba de publicar la novela *La última del oeste*.

Ha participado en la antología del relato español *13 para el 21*, en la antología *250 años de terror*, en *Antología del relato negro I*, *Sexto Continente*, *Microantología del microrrelato*, *Las estrategias del amor*, *Yo también escuchaba el parte de RNE*, *El sabor de tu piel*, *Eros de Europa y América* y recientemente en *Hiroshima Truman*, *Poeficionario*, *Antología del relato negro II*, *Antología del relato negro III*, *Asesinatos profilácticos*, *Microantología del microrrelato II y III* y *El hombre que se ríe de todo*. Ha sido publicado en las antologías *París*, *Viena* y *Nueva York* de M.A.R. Editor.

A muchos les gusta vivir en un morón del campo, para avistar el valle fértil y tendido. Es gente que disfruta viendo cómo, a una u otra orilla del río, abreva o pasta el ganado vacuno.

Otros prefieren residir próximos a la costa, contemplando la inmensidad del mar, que acaricia o agrede, según la bonanza o la inclemencia predominante; y ver cómo entran y salen los barcos, ya sean grandes cruceros o pesqueros de bajura.

Pues bien, yo vivo en un lugar privilegiado. Desde el piso que ocupo, en la parte alta de un edificio comunal, puedo admirar un panorama que me tiene fascinado hasta casi la obsesión. Se trata de un cementerio, único e incomparable, que contrasta con los de su especie. Peculiar en sí mismo, fue llevado a cabo gracias a las aportaciones graciosas de determinados dignatarios europeos, entre ellos el rey de Prusia, que contribuyó con 1.380 reales de la época, equivalentes a la mitad de la inversión.

Al Cementerio Británico de Santander se le conoce como *el Cementerio Protestante*.

En su estadística mortuoria constan 128 enterramientos. El primero, en 1806, correspondió a un súbdito inglés, inspector de ferrocarriles, y costó 25 pesetas; el último tuvo efecto en 1990. No hay constancia de las causas de los decesos de uno y otro, ni creo que importen.

Situado a extramuros de la ciudad en la fecha de construcción, el camposanto a que me refiero ofrece abierta su única puerta. Tras ella está ubicado el monumento funerario levantado en homenaje a la Legión de Marinos Británicos, creada al amparo de la cuádruple Alianza de 1835. Aquí lo trasladaron, precisamente cerca de donde habito, desde el antiguo cementerio de la calle San Fernando. Es un monolito singular, al que rodean, protegiéndole, cuatro férreas anclas.

El caso es que la presencia británica en Cantabria podía constatare tanto en los astilleros de Guarnizo como en el conjunto de la industria provincial, con preferencia en las refinerías de azúcar y en las fábricas de loza. Asimismo contribuiría a las buenas relaciones anglo-montañesas la intervención militar de la Escuadra Británica en la Guerra de la Independencia española.

Consecuencia del acontecer fue que en la capital santanderina aparecieron problemas no solo hosteleros y sanitarios, sino también de tipo funerario, surgiendo la necesidad de una necrópolis anglicana específica. Además, la expansión del ferrocarril trajo muchos técnicos y operarios extranjeros a La Montaña.

Este camposanto es un referente histórico de carácter mobiliario, aunque algunos sostengan que está en el abandono. En lo que me atañe, las circunstancias favorecen mi propósito. Ignoro cuál será la posición de la Iglesia Evangelista Española respecto a la polémica suscitada, pero podría asegurarse que pocas reformas estéticas se han llevado a cabo hasta ahora.

Para satisfacción de obispos y prelados católicos, los cementerios protestantes van, en nuestra patria, camino de la ruina y del olvido. Craso y lamentable error cultural. Heterodoxia y Martín Lutero a un lado, el fosal en cuestión es muestra del escaso patrimonio presbiteriano que existe en España.

Sabido que los protestantes no podían ser enterrados en suelo sagrado, los herejes, ateos y suicidas terminaban en los estercoleros o en lugares baldíos.

Tristemente, el Ayuntamiento de Santander decidió borrar del mapa urbano y turístico a esta vieja y cuestionada necrópolis, en la que comparten sepultura evangelistas de diferentes países. La cartografía del Municipio lo esconde en medio de la zona ajardinada.

Con solo una llamativa mimosa como perenne testigo floral, el

pequeño pedazo de tierra santa permanece sometido al despiadado abrazo de los edificios que le circundan.

La parcela es propiedad de los consulados británico, alemán, sueco y noruego. Dicen que el cónsul de Alemania quiere canjearla por otra en el cementerio municipal; eso sí, a coste cero.

* * *

Lo cierto es que me encantan los cementerios, tanto que hace poco estuve en el de Ciriego para visitar la tumba donde reposan los restos de la bailaora Carmen Amaya.

Mas es el cementerio inglés quien provoca mi interés en este caso. Me asomo a él varias veces al día, oteando la senda cuya andadura es la que se cree conduce a la auténtica verdad.

Sin apenas darme cuenta, el camposanto de que hablo va calando en mi ánimo. Tiene aspecto y vitola de jardín, y representa a una isla entre el mar de casas. Su estratégica ubicación le protege de los robos sacrílegos y de las expoliaciones.

Le tengo a mis pies, a distancia inferior a cincuenta metros; y, para disfrutarlo en su magnitud, utilizo unos prismáticos con zoom.

Por fin, llegó la ocasión esperada, la oportunidad de conseguir una sepultura vacía. En las gestiones para enterarme de quién pudiera ser el propietario, no saqué conclusiones válidas. Al tratarse de propiedad antigua, aparte su credo protestante, los datos registrales eran bastante confusos.

En consecuencia, decidí resolver por mi cuenta. Ni corto ni perezoso, me apropié del sepulcro sin más; o séase, gratis.

Apartada en un lateral de las filas intermedias, en situación de independencia que yo apreciaba, la tumba elegida contrastaba con las demás.

El primer día que me puse a limpiar la fosa sentí una sensación difícil de describir. Realizada la labor previa de saneamiento, consideré conveniente dejar que pasara un tiempo prudencial antes de afrontar otros preparativos.

Cuando estimé que era el momento propicio, di el segundo de los pasos previstos, y encargué a un marmolista funerario mi propia lápida. La mayoría de las que presentaba el cementerio estaban esculpidas en cruz, pero las había de forma rectangular y en triángulo. En algunas estelas constaban la creencia, ideología, profesión o posición social del difunto, y se veían lápidas que incorporaban fragmentos de textos religiosos.

El hecho de compartir habitáculo con gente mucho mayor que yo, de ideas religiosas antagónicas, que nunca enfrentadas, no coartó el proyecto concebido.

La conversación con el artífice de la marmolería fue, más o menos, del siguiente tenor:

—Quiero encargar una lápida.

—¿De qué características?

—Discreta. Vamos, que no peque de llamativa.

—Le mostraré el catálogo.

—No es necesario. Le facilitaré las medidas aproximadas, y el resto quedará a gusto de su sentido profesional.

—¿Qué material prefiere que pongamos?

—Me es indiferente que sea de piedra, mármol o granito.

—De acuerdo. Vayamos a la inscripción.

—Llevará un nombre y una fecha, la del nacimiento.

—¿Y la del fallecimiento?

—Ponga tres puntos suspensivos.

—No le comprendo bien, pero será como usted desea. ¿Alguna observación en cuanto a posibles epitafios?

—Los considero innecesarios.

* * *

Primero acudía de madrugada, luego durante la mañana y la tarde; por último, a todas horas. Me pegaba a la lápida apropiada, para dialogar con *mi otro yo*; mejor dicho, a monologar.

Sucedió en noche de luna llena. Gracias a la luz que proporcionaba el astro reina, la claridad permitía distinguir los objetos, incluso sin prismáticos. No fue necesario escudriñar para apreciar el cambio.

¡En la losa se había modificado parte de la inscripción original!

Tuve un presentimiento y, sobre todo, inmensa curiosidad. Me puse una prenda de abrigo y bajé a la calle, en dirección al cementerio. Al traspasar la puerta de entrada, descubrí la novedad.

Los puntos suspensivos que deberían seguir a la fecha de natalicio estaban borrados, y en su lugar figuraba la correspondiente al óbito.

Mi incredulidad era tan mayúscula que, situándome a un solo paso de la tumba, me pregunté a mí mismo:

—¿Dónde estoy, en realidad, aquí fuera o ahí dentro?

La contestación surgió inmediata.

—Estás donde siempre deseaste, contigo mismo, pero habiéndote liberado de la pesada carga del cuerpo.

Así comenzaron los diálogos con el *otro yo*.

—¿Por qué te hiciste de mi tumba y pusiste tu nombre?

—Convengamos en que es asimismo el tuyo.

—De acuerdo, mas tengo una duda, que deseo aclarar: ¿Te adueñaste del hoyo en que reposo, o fui yo quien compró el piso en que vives tú? Aún más, me gustaría saber qué piensas.

—En buena lógica, lo mismo que tú.

—Entonces, ¿qué buscas?

—Nada en absoluto. Ni siquiera se me ocurre perder el tiempo soñando con un posible elixir de vida.

—¿No te interesa vivir?

—¿Acaso quieres tú resucitar?

—¿Para qué?

—Ahí, en la pregunta, tienes la respuesta.

—Es muy distinto; tu espíritu es joven, y mi cuerpo está decrepito.

—Veo que careces de fe, pero crees en el infierno.

—En el infierno me cuesta mucho creer, sobre manera en período de crisis económica. Mantener esa enorme caldera encendida las veinticuatro horas del día se me antoja imposible. Sin embargo, creo en el diablo.

—Yo también. Solo el que cree en el diablo cree en Dios, y viceversa.

—Cuéntame algo entretenido. ¿En el cielo se flota o se vuela?

—Lo ignoro. Todavía sigo a la espera del juicio final. La única referencia que tengo es de índole gastronómica: parece ser que en el cielo no hay almejas, al menos en criterio de un gran humorista.

Decía un filósofo griego que la verdadera vida no comienza hasta que el alma sale del cuerpo. Los humanos consideramos la existencia como el más preciado de los dones que Dios nos ha dado, y por tanto, creemos que la muerte es lo peor que puede sucedernos.

¿Tendría razón Eurípides cuando, medio siglo antes de que naciera Jesucristo, hablaba de la posibilidad de que lo que llamamos vida es la muerte, y que nuestra muerte se llame vida allá en lo remoto?

Sea como fuere, me chiflan los cementerios.

LA CASA ENCANTADA
Virginia Woolf



VIRGINIA WOOLF

(Londres, Inglaterra, 1882 - Lewes, Sussex, Inglaterra, 1941).

Novelista, ensayista, editora, feminista y escritora de cuentos británica, considerada como una de las más destacadas autoras del modernismo literario del S.XX. Fue una figura significativa en la sociedad literaria de Londres y parte del denominado grupo de Bloomsbury, el que era frecuentado por escritores como Edward Morgan Forster, el crítico Robert Fry y el economista John Maynard Keynes. Allí, Virginia conoció a su esposo, Leonard Woolf. Junto a él llevaron adelante la editorial Hogarth Press, encargada de editar a Katherine Mansfield, T. S. Eliot o al Sigmund Freud.

En esa época, Virginia ya hacía tiempo que publicaba críticas literarias en periódicos de Londres y habían ido aparecido sus primeras novelas: *Viaje de ida* (1915), y *Noche y día* (1919), obras destinadas a romper con todos los esquemas, imaginativas y revolucionarias. Sus obras más famosas *La señora Dalloway* (1925) y *Al faro* (1927), que le valieron el reconocimiento unánime. *Orlando* (1928) es una peculiar novela sobre un personaje que vive cuatro siglos y cambia de sexo a lo largo del tiempo. Los siguientes años marcan una producción anual: *Una habitación propia* (1929), *Las olas* (1931), *Tres guineas* (1938) y *Entre actos* (1941), en las que se destaca el admirable uso de la prosa en la técnica del monólogo interior.

Toda la vida de Virginia Woolf estuvo marcada por el Trastorno Bipolar y que sumía a la escritora en hondas depresiones y luego en periodos maníacos. En una de esas depresiones, Virginia Woolf terminó con su vida ahogándose.

A cualquier hora que una se despertara, una puerta se estaba cerrando. De cuarto en cuarto iba, cogida de la mano, levantando aquí, abriendo allá, cerciorándose, una pareja de duendes.

«Lo dejamos aquí», decía ella. Y él añadía: «¡Sí, pero también aquí!» «Está arriba», murmuraba ella. «Y también en el jardín», musitaba él. «No hagamos ruido», decían, «o les despertaremos» .

Pero no era esto lo que nos despertaba. Oh, no. «Lo están buscando; están corriendo la cortina», podía decir una, para seguir leyendo una o dos páginas más. «Ahora lo han encontrado», sabía una de cierto, quedando con el lápiz quieto en el margen. Y, luego, cansada de leer, quizás una se levantara, y fuera a ver por sí misma, la casa toda ella vacía, las puertas quietas y abiertas, y sólo las palomas torcaces expresando con sonidos de burbuja su contentamiento, y el zumbido de la trilladora sonando allá, en la granja. «¿Por qué he venido aquí? ¿Qué quería encontrar?» Tenía las manos vacías. «¿Se encontrará acaso arriba?» Las manzanas se hallaban en la buhardilla. Y, en consecuencia, volvía a bajar, el jardín estaba quieto y en silencio como siempre, pero el libro se había caído al césped.

Pero lo habían encontrado en la sala de estar. Aun cuando no se les podía ver. Los vidrios de la ventana reflejaban manzanas, reflejaban rosas; todas las hojas eran verdes. Si ellos se movían en la sala de estar, las manzanas se limitaban a mostrar su cara amarilla. Sin embargo, en el instante siguiente, cuando la puerta se abría, esparcido en el suelo, colgando de las paredes, pendiente del techo... ¿qué? Yo tenía las manos vacías. La sombra de un tordo cruzó la alfombra; de los más profundos pozos de silencio la paloma torcaz extrajo su burbuja de sonido. «A salvo, a salvo, a salvo...», latía suavemente el pulso de la casa. «El tesoro está enterrado; el cuarto...», el pulso se detuvo bruscamente. Bueno, ¿era esto el tesoro enterrado?

Un momento después, la luz se había debilitado. ¿Afuera, en el jardín quizá? Pero los árboles tejían penumbras para un vagabundo rayo de sol. Tan hermoso, tan raro, frescamente hundido bajo la superficie, el rayo que yo buscaba siempre ardía detrás del vidrio. Muerte era el vidrio; muerte mediaba entre nosotros; acercándose primero a la mujer, cientos de años atrás, abandonando la casa, sellando todas las ventanas; las estancias quedaron oscurecidas. Él lo dejó allí, él la dejó a ella, fue al norte, fue al este, vio las estrellas aparecer en el cielo del sur; buscó la casa, la encontró hundida bajo la loma. «A salvo, a salvo, a salvo», latía alegremente el pulso de la casa. «El tesoro es tuyo.»

El viento sube rugiendo por la avenida. Los árboles se inclinan y vencen hacia aquí y hacia allá. Rayos de luna chapotean y se derraman en la lluvia. Rígida y quieta arde la vela. Vagando por la casa, abriendo ventanas, musitando para no despertarnos, la pareja de duendes busca su alegría.

«Aquí dormimos», dice ella. Y él añade: «Besos sin número.» «El despertar por la mañana...» «Plata entre los árboles...» «Arriba...» «En el jardín...» «Cuando llegó el verano...» «En la nieve invernal...» Las puertas siguen cerrándose a lo lejos, distantes, con suave sonido como el latido de un corazón.

Se acercan más; cesan en el pasillo. Cae el viento, resbala plateada la lluvia en el cristal. Nuestros ojos se oscurecen; no oímos pasos a nuestro lado; no vemos a señora alguna extendiendo su manto fantasmal. Las manos del caballero forman pantalla ante la linterna. Con un suspiro, él dice: «Míralos, profundamente dormidos, con el amor en los labios.»

Inclinados, sosteniendo la linterna de plata sobre nosotros, nos miran larga y profundamente. Larga es su espera. Entra directo el viento; la llama se vence levemente. Locos rayos de luna cruzan suelo

y muro, y, al encontrarse, manchan los rostros inclinados; los rostros que examinan a los durmientes y buscan su dicha oculta.

«A salvo, a salvo, a salvo», late con orgullo el corazón de la casa. «Tantos años...», suspira él. «Me has vuelto a encontrar.» «Aquí», murmura ella, «dormida; en el jardín leyendo; riendo, dándoles la vuelta a las manzanas en la buhardilla. Aquí dejamos nuestro tesoro...» Al inclinarse, su luz levanta mis párpados. «¡A salvo! ¡A salvo! ¡A salvo!», late enloquecido el pulso de la casa. Me despierto y grito: «¿Es este el tesoro enterrado de ustedes? La luz en el corazón.»

EN LAS CIMAS DE LA LOCURA

Rubén Serrano



RUBÉN SERRANO

(Madrid, España, 1970)

Escritor y periodista, autor de obras de género fantástico, ciencia ficción y terror. Estudió Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid y lleva más de veinte años dedicado a la comunicación.

Ha trabajado para el diario ABC y la agencia de noticias EFE. Actualmente, se dedica a la comunicación política.

Alterna la creación de relatos fantásticos y de terror para adultos con la escritura de libros de narrativa infantil y juvenil de carácter pedagógico, varios de ellos destinados a la promoción de la lectura en el ámbito docente y el aprendizaje de idiomas. Su obra *Los pequecíclopes* (PortalEditions) fue elegida por Unicef para formar parte de la metodología del retorno a la alegría y contribuir a la recuperación psico-afectiva de la infancia de Haití tras el terremoto de 2010.

Por otra parte, Serrano es promotor y coordinador de destacadas antologías colectivas como *Zombimaquia* (Dolmen Editorial), *Los nuevos Mitos de Cthulhu* (Edge Entertainment) o la colección de relatos de fantasía épica *Crónicas de la Marca del Este* (Holocubierta Ediciones). En 2011, fue galardonado con el Premio Ignotus por el guión del cómic *La espada del cazador*.

El descenso es realmente peligroso y el intempestivo clima dificulta las cosas. Cualquier pequeño descuido puede provocar un accidente mortal, como han podido constatar los dos hombres que nos precedían y que han acabado precipitándose al vacío.

No sin dificultad, logro llegar abajo. Suelto el cierre de seguridad que me mantiene unido a la cuerda y corro hacia el primero de los individuos tendidos para ver si se puede hacer algo por él. Sin embargo, antes incluso de llegar a su lado, sé que está todo perdido. Su cuerpo, retorcido en una postura imposible, muestra las atroces señales dejadas por cientos de puños de piedra que le han golpeado hasta destrozarlo. Su rostro ensangrentado está desfigurado y hundido, como si su cráneo fuese de goma y se hubiera deformado. Es un espectáculo atroz, y doy gracias de que mis jóvenes hermanos no tengan que presenciarlo.

En vista de que no puedo ya salvarle, voy en busca del otro hombre, que yace unos metros más adelante. Por desgracia, el resultado es el mismo: está muerto.

(La Montaña es una cruel asesina.)

Ya nada se puede hacer por ellos... Sin embargo, no me parece apropiado dejarlos así, de esa forma y a la intemperie. Tras meditarlo unos segundos, saco mi pequeña pala de campaña y, con un intenso trabajo, logro abrir un ancho agujero en la nieve, entre las rocas, de apenas medio metro de profundidad. Después, agarrándolos de los pies, arrastro los cuerpos hasta el hoyo y los cubro con ramas de abeto para evitar que los buitres los vean.

La operación me lleva casi media hora; treinta breves minutos que, sin embargo, me parecen interminables siglos.

Extenuado, casi exhausto por el esfuerzo, emprendo el ascenso. El viento parece aprovechar mi debilidad para atacarme con más furor y apenas sí logro avanzar. Soy consciente de que tenía que haber esperado unos

minutos para reponerme antes de subir, pero mi deseo de salir de ese pozo de muerte es más fuerte que mi voluntad de descansar.

Trabajosamente, logro llegar arriba. A pesar de las dificultades, mi pericia como escalador me permite superar los obstáculos y reunirme con Iván y Álex.

—Ya estoy aquí, chicos —les digo y, al momento, me doy cuenta de lo estúpido de la afirmación, pues es evidente que he llegado. Así que me dispongo a explicarles que los dos hombres estaban muertos, pero me contengo y evito decir otra tontería. Ellos ya saben que han fallecido, puesto que me han visto cubrir los cuerpos.

(Los nervios te están jugando una mala pasada. ¡Tranquilo!)

Evitando mirar a la cara a mis hermanos para que no noten mi nerviosismo, recojo todo el equipo y lo meto en mi mochila. Cuando termino, simplemente digo:

—Vámonos. Pronto anochecerá y tenemos que encontrar un lugar resguardado para instalar la tienda. Me da la impresión de que se acerca una fuerte tormenta.

Iván y Álex se ponen en marcha sin replicar, cosa rara en ellos. Sin duda, ver morir a esos pobres desdichados les ha afectado profundamente. Quizás ahora sea más fácil que me hagan caso y no se comporten tan alocadamente como llevan haciendo estos dos días.

ACAMPAMOS al resguardo de un gran peñasco, casi una hora después del lamentable incidente.

El viento aúlla con más fuerza que antes y, encima, ha empezado a nevar. Si esto empeora, podemos quedar aislados durante días. Está claro que...

(¿Vais a morir?)

...hoy no es nuestro día de suerte.

SUEÑOS. No, pesadillas. Terribles imágenes de muerte me asaltan por la noche. El mismo viento que sopla ahí afuera se mete en mi cabeza y remueve los recuerdos de esta tarde, mostrándome una y otra vez los cuerpos de los dos alpinistas en caída libre hacia su irremediable final.

Sin embargo, hay algo diferente... algo que me aterra profundamente y que hace que sienta una opresión en el pecho tan fuerte, tan agobiante, que parece como si unas manos invisibles me estrujasen el alma. Lo que veo es el rostro de mis hermanos en los dos escaladores que emprenden su viaje hacia el Más Allá. Unos rostros magullados y heridos, rotos, rasgados por mil cuchillos rocosos. Unos rostros sin vida que, a pesar de ello, me miran de forma acusadora, reprochándome el no haber sabido cuidar de ellos.

Sobresaltado, me despierto, empapado en un sudor frío, casi tan gélido como la noche.

Lo primero que hago es mirar a mi alrededor para comprobar que mis hermanos siguen allí. La lechosa luz de la lámpara de gas me permite descubrirlos a mi lado, durmiendo plácidamente, a salvo...

(Sí, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Cuánto podrás seguir manteniéndolos vivos?)

Más tranquilo, vuelvo a reclinar me en mi saco de dormir y me dejo caer en los brazos de Morfeo, con un único pensamiento en mente: «mañana será otro día».

AMANECE...

(...que no es poca.)

La mañana se nos presenta clara y soleada, haciéndonos olvidar la pesadilla de ayer.

—Si el tiempo no cambia, podemos llegar al coche antes de que anochezca —comento a los muchachos para darles ánimos—. Hoy dormiremos en casa.

Desmonto la tienda mientras mis hermanos terminan de asearse un poco y, tras un ligero desayuno a base de café y galletas de chocolate, emprendemos de nuevo la marcha.

Mientras avanzamos, voy muy pendiente de Iván y Álex, como si subsistiera en mí un cierto temor oculto a que les pueda ocurrir algo. Sin duda, comienzan a asaltarme los temores engendrados por mis demonios oníricos.

«Esta noche —digo para mis adentros— todos estaremos seguros en casa, y mañana esta historia no será más que una simple anécdota.»

Sin embargo, por alguna extraña razón que desconozco, no termino de creerme mis propias palabras, como si mi subconsciente supiera que algo no va a salir bien. Algo anda mal. Pero, ¿qué es?

(¿Realmente no sabes qué anda mal? La respuesta es muy sencilla: tú.)

LA BAJADA se nos da bien y a eso de las seis de la tarde llegamos hasta mi coche, un todo-terreno aparcado justo en donde la ladera de la montaña se convierte en un lugar totalmente intransitable para vehículos.

—¿Qué os decía, chicos? —canturreo con entusiasmo—. ¡Ya estamos aquí! Y ahora, a casita.

Cargo las mochilas en la parte de atrás, subimos al vehículo y partimos, rumbo a la civilización.

Mientras aferro con fuerza el volante —como queriendo asegurarme de que es real, de que estoy de verdad en el coche—, siento una extraña alegría y satisfacción por dejar atrás los altos picos nevados. Es una sensación similar a la que deben sentir los protagonistas de esas películas de terror cuando escapan por fin de la terrible amenaza (ya sean viscosos monstruos, despiadados alienígenas o zombis caníbales)

que ha ido asesinando uno a uno a todos sus compañeros. Y es extraño que piense eso, pues en ningún momento nos ha acechado un peligro tan grande como para desear con tanta fuerza huir de él.

En cualquier caso, lo importante es que los tres estamos bien y que regresamos a un mundo más seguro, de asesinatos, atracos, accidentes de tráfico, contaminación, violencia callejera, malos tratos y un largo etcétera.

«¡Ah, no hay nada como la paz del hogar!», bromeo para mí.

NADA MÁS entrar en el pueblo, detengo el vehículo frente al puesto de la Guardia Civil y les digo a mis hermanos:

—Hemos evitado hablar de ello durante todo el camino, pero... Creo que tenemos una responsabilidad y un deber para con esas dos personas que han dejado sus vidas allá arriba. Así que voy a dar parte de lo ocurrido y luego, nos iremos los tres a casa. ¿Vale?

Álex e Iván se miran, dudan un instante y, finalmente, asienten con la cabeza.

—Muy bien. Esperadme aquí sin moveros, que enseguida vuelvo.

Salgo del coche y, justo antes de cruzar bajo el *Todo por la Patria*, giro la cabeza para contemplar una vez más a mis hermanos. Ese impulso, que surge como una necesidad incontrolable, me trae de nuevo el sabor del miedo, de una irracional y absurda sensación, la impresión de que... no volveré a ver a los muchachos.

Tras un instante de incertidumbre, aparto de mi mente tan ilógico pensamiento y encamino otra vez mis pasos hacia...

(¿la locura?)

...hacia mi deber como ciudadano.

Un agente me atiende y me hace pasar con un cabo, el cual, al escuchar mi historia sobre el accidente de los alpinistas, avisa al sargento y